

LA GOLETA DE SU MAJESTAD CATÓLICA «WAD RAS» Y LA «HEROICA PAYSANDÚ»

Alejandro Nelson BERTOCCHI MORÁN

A Silvia Flores..., esa bella flor «sanducera».

Según relata la Historia, después de producida la capitulación de *la muy fiel y reconquistadora ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo* ante las fuerzas del Directorio bonaerense, en el mes de junio de 1814, ningún buque de guerra español se dejó ver en el Río de la Plata hasta que en 1845 la fragata *Perla* y el bergantín *Cisne* sentaron sus reales en los puertos de Buenos Aires y Montevideo —para satisfacción de la activa colonia hispana— como integrantes de la nueva Estación Naval española, que de este modo se unía a las de otras nacionalidades que utilizaban el Paraná Guazú como base para sus operaciones de apoyo y protección al comercio.

Estos países rioplatenses vivían, desde su definitiva independencia, sacudidos por revoluciones endémicas, golpes de estado, motines, guerras civiles y problemas económico-políticos de toda índole. Era consecuencia de la falta de madurez de aquellas desorientadas generaciones que pretendían inculcar teorías propias de otras mentalidades en estos lares.

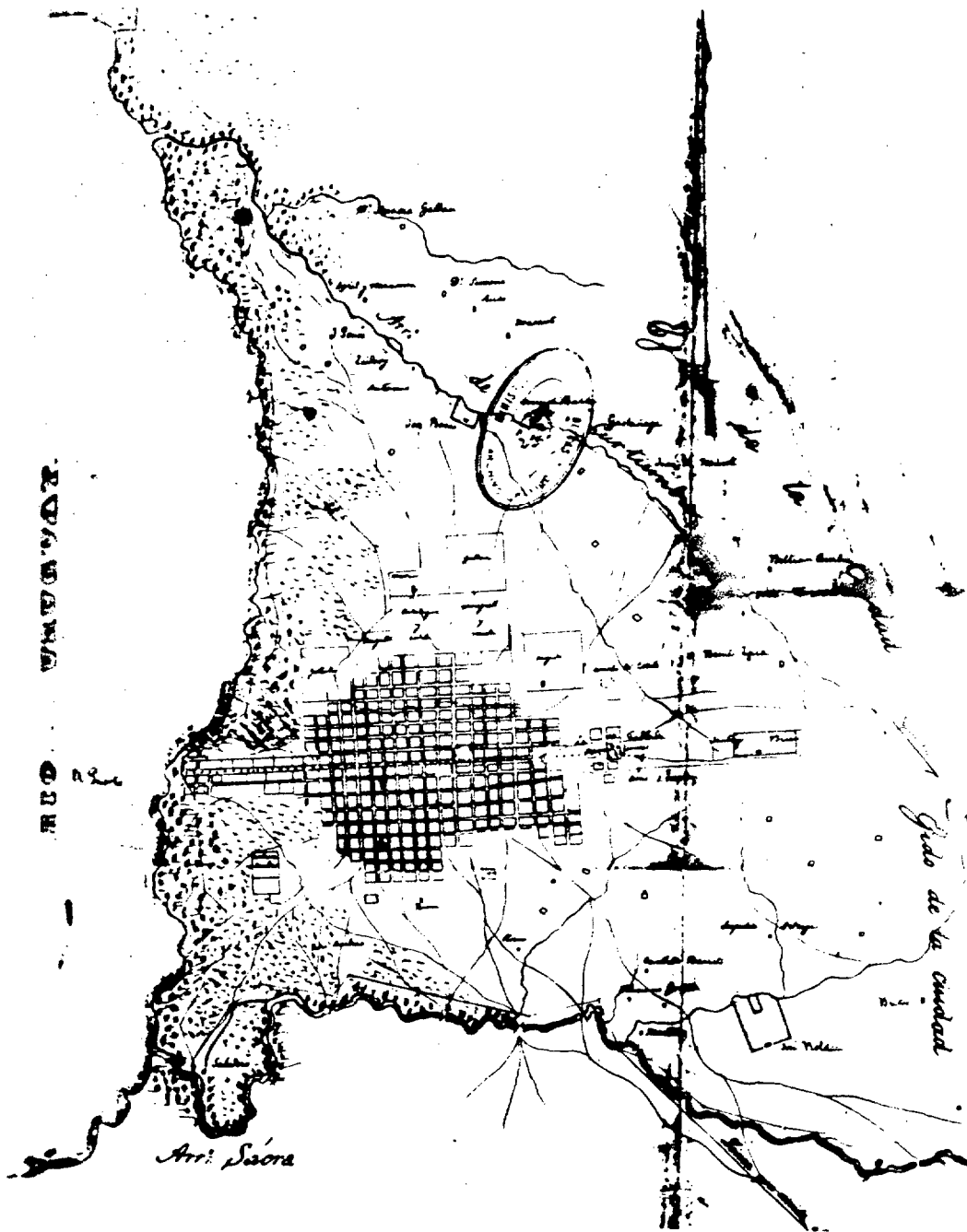
España, en esos años, salía de sus problemas internos, y al influjo de un cierto aire de nostalgia imperial, comenzaba nuevamente a mostrar su pabellón, aquel que otrora fuera Rey absoluto de los océanos.

A la referida Estación Naval le tocó tomar parte, directamente o como atenta espectadora, de prácticamente todos los sucesos que fueron jalando el diario devenir de esta parte de la América meridional hasta el estallido de la guerra con los Estados Unidos, que significó el definitivo adiós para la Real Armada, al gran río que descubrió Juan Díaz de Solís.

Existen relatos pormenorizados y comentarios de las acciones llevadas a cabo contra Méjico (1), Santo Domingo y la guerra del Pacífico (que ha levantado verdaderos ríos de tinta), en las que participaron las tropas españolas, situaciones que a pesar de su intensidad bélica y política no desataron una fobia anti-española ni siquiera en los mismos países afectados.

Pero uno de los acontecimientos más destacados de ese período, del que tanto se ha hablado, y que significó una suerte de detonante de gravísimos sucesos posteriores que enlutaron a cientos de miles de familias y que sumieron en un mar de sangre a todo el ex Virreinato, fue el bombardeo y toma de

(1) La expedición, mandada por el general D. Isidro Barradas, desembarca en las costas mejicanas en julio de 1829.



Plano de la ciudad de Paysandú, de la época.

Paysandú (2), efectuada por fuerzas alzadas contra el gobierno uruguayo, auxiliadas por tropas brasileñas, en el caluroso mes de diciembre de 1864, año terrible y signado por el destino con un negro hábito.

La guerra civil que lentamente destruía la viabilidad misma de la existencia de la República Oriental del Uruguay, provocó (por enésima vez) la intervención del Imperio del Brasil, y esto llevó con el tiempo al estallido de una de las guerras fratricidas más injustas que jamás haya sufrido la Humanidad, y que sacudió la conciencia moral de los pueblos iberoamericanos: la cruel guerra de la Triple Alianza contra la República del Paraguay (3).

Las rencillas políticas internas del Uruguay entre *blancos* y *colorados* fueron la chispa que inopinadamente desató esta atroz tormenta que nadie pudo detener. Para no fatigar al lector diremos que de la población con que contaba Paraguay, cercana al millón de almas, apenas quedaban al final del conflicto unas 350.000 personas, en su inmensa mayoría mujeres y niños (4).

Habiendo estallado la revolución, encabezada por el general Venancio Flores, contra el gobierno de Montevideo, a principios de ese nefasto año de 1864, y ante la cada vez más impertinente intervención brasileña en apoyo de los alzados, el presidente Atanasio Cruz Aguirre solicitó la mediación de las potencias extranjeras, al carecer el país no sólo de fuerzas militares, sino siquiera de alguna flotilla de buques de guerra. Merced a esta indefensión las operaciones bélicas se recrudecían cada día más.

La flota brasileña inervino permanentemente violando la soberanía nacional, como si el Plata fuera un lago de su propiedad. Se suceden así los incidentes con los buques de guerra extranjeros. El poderío de la flota al mando del pintoresco almirante Barón de Tamandaré, era verdaderamente formidable, con cerca de una docena de unidades, muy bien artilladas, apoyadas a distancia por la flota metropolitana estacionada en Río Grande. Dichas unidades eran las siguientes: cañoneras *Paranahyba*, *Araguay* y *Belmonte*, que constituían la segunda división al mando de Pereira Pinto; la corbeta insignia *Nictheroy*; las cañoneras *Recife*, *Ivahy*, *Mearim*, *Maraca*, *Itayahy*, y algunos buques más.

(2) Ciudad ubicada en la margen izquierda del río Uruguay, a unos 379 kilómetros de Montevideo, por carretera. Fundada en 1754 por misioneros de la Compañía de Jesús.

(3) Brasil, Argentina y Uruguay le hicieron la guerra al Paraguay desde prácticamente principios de 1865 hasta las postrimerías de 1870, cuando en la batalla de Cerro Corá el presidente D. Francisco Solano López cae para siempre al grito de «*conmigo muere la Patria!*».

(4) Después de la guerra, la nación paraguaya debió organizarse en una genuina sociedad poligámica, y para colmo de males fue amputada territorialmente, pasando Formosa y Misiones a Argentina y el inmenso Matto Grosso al Brasil. Uruguay devolvió los trofeos de guerra a los pocos años. Pero el Paraguay se recuperó prontamente, siendo un verdadero ejemplo de la Historia.

*Llora, llora, urutaí
en las ramas del Yatay
ya no existe el Paraguay
donde nació como tú
llora, llora, urutaí.*



Paysandú en la actualidad.

Ante este despliegue era muy poco lo que podían hacer los buques españoles, ingleses, franceses, estadounidenses y sardos, que se habían congregado en el río. En cuanto a la flota argentina tampoco era operativa, dado que su Gobierno, si bien no apoyaba directamente a Flores, tampoco hacía nada por frenar al Brasil.

La lucha se extendió hacia el litoral del río Uruguay, dado que el Gobierno, pese a todo, resistía con todas sus fuerzas, buscando desesperadamente que la mediación argentina pudiera cristalizar. Esperanzas vanas.

Tamandaré envía, en apoyo de Flores, seis cañoneras para bloquear los puertos de Paysandú y Salto controlados por el Gobierno. Brasil dirige un ultimátum a éste, conminándolo a aceptar las condiciones de los alzados, con fecha de 4 de agosto, el cual fue rechazado por considerarse inaceptables sus términos y solicitando: *bajo el arbitraje de cualquiera de las naciones europeas representadas aquí, si era o no oportuno presentar dichas reclamaciones en la época actual.*

Ante el fracaso de la diplomacia, los brasileños dejan en manos de sus cañoneras la resolución del problema.

Dentro del mismo puerto de Montevideo, se suceden gravísimos incidentes, entre unos y otros, en los que tiene destacadísima actuación, en defensa de los derechos de los residentes españoles, el comandante del bergantín

Galiano, capitán de fragata Manuel Belando Paz y el cónsul de Su Majestad Católica Carlos Creus.

Tomando el hilo de los acontecimientos, en noviembre del referido año de 1864, el ejército de Venancio Flores procede a poner bajo un riguroso sitio a la ciudad de Paysandú, reforzándolo con una fuerte división brasileña de las tres armas, al mando del general Souza Netto, apoyada por las referidas seis cañoneras, que desatan, sin aviso previo el bombardeo de la ciudad, defendida por un pundonoroso oficial, descendiente directo de españoles, que pasaría a la historia de la República como el heroico defensor de Paysandú, el coronel Leandro Gómez.

El asedio da comienzo el día 2 de diciembre, con una misiva de Flores al coronel Gómez, en la que solicita la entrega de la plaza, dada su notoria superioridad para evitar un inútil derramamiento de sangre. La contestación del bizarro oriental —según la comunicación que elevó a su gobierno— fue la siguiente: *Por los términos de esa ridícula e insolente intimidación, comprenda Vuestra Excelencia el alto desprecio con que la he mirado. Mi contestación fue, cuando vinieron a buscarla, rechazarlos a balazos, pues Paysandú, Señor Ministro, con sus valientes defensores, no se rinde, no digo a ese traidor, pero a nadie, por más fuerte que sea el enemigo que se presente.*

Se fortifica entonces la ciudad, levantando barricadas con bolsas de tierra y cavando zanjas a través del litoral urbano. Basta decir que los defensores *sanduceros* (5) contaban únicamente con fusiles y armas blancas. Eran sólo 1.076 hombres contra más de 4.000 atacantes, que contaban con 50 bocas de fuego, ubidades estratégicamente. Pero estaban contagiados por el fuego sublime que alimentaba el alma de Leandro Gómez, que además de militar era hombre de letras, y sabía como tocar el alma de las tropas. La respuesta que dió a la intimidación que le hizo Flores, fue digna de un guerrero espartano, ¡Cuando sucumba!

Los buques de guerra extranjeros, que se hallaban en Montevideo, decidieron seguir la estela de los brasileños, presagiando la tormenta que se avecinaba, conociendo que el Gobierno legal había ordenado la resistencia a ultranza y que el Gobierno de la Argentina, había decidido dar apoyo al general Flores.

Para colmo, en el litoral del río Uruguay, y concretamente en Salto, Paysandú y Mercedes, donde se estaba luchando, habitaban cientos de familias de emigrantes. La determinación conjunta de los comandantes fue, por tanto, proteger a éstos y llegado el caso, evacuarlos aún a riesgo de entrar en la liza.

La goleta *Wad Ras*, armada con tres cañones y contruida en 1862 en Cádiz, al mando del teniente de navío Luis Martínez de Arce, fue la encargada de mostrar el pabellón español, y junto a los otros tres cañoneros extranjeros restantes se situaron el 3 de diciembre frente a Paysandú, entablándose conversaciones con Tamandaré a efectos de lograr la evacuación de mujeres, niños y residentes extranjeros que se sabía estaban dentro de la ciudad.

(5) Nombre que se da a los habitantes de Paysandú.

Según expresa Miguel de Marco en su obra *La Armada española en el Plata: las instrucciones dadas a este oficial por el capitán Belando y Paz, de común acuerdo con el encargado de negocios interino, D. Martín Hernández, eran concisas y severas; debía defender a sus connacionales de las violencias que pudieran ejercer los bandos en pugna, llegando hasta Paysandú, último puerto accesible a la goleta por su calado. Se le expresaba que, dado que el Almirante brasileño había ordenado el bloqueo sin declaración de guerra, dicha medida no se ajustaba al derecho y no había sido reconocida ni rechazada por el representante de Isabel II, quién había hecho responsable al gobierno de su Majestad Imperial de los males que sufrieran los españoles en sus personas y bienes. Además se le ordenaba «completa imparcialidad en los asuntos internos», y se le advertía que cualquier cuestión referente al bloqueo de hecho que ejercían las naves del Brasil que afectase a los buques mercantes españoles, debía ser tratada de manera confidencial, pues hacerlo públicamente significaría reconocer el bloqueo. Tenía que procurar el comandante de la «Wad Ras» que el pabellón de la Reina se viese en todos los sitios posibles para inspirar confianza en los súbditos residentes en la zona del conflicto. En cuanto a los ejercicios de tiro que Martínez Arce pedía efectuar, se lo autorizaba, pero con la prohibición de ejecutarlos a la vista de la costa o de buque alguno. En caso de que se produjese el sitio de Paysandú por las Fuerzas de Flores y del Brasil y se le pidiese auxilio para proteger con sus hombres la aduana, bancos y «demás centros de interés colectivo y extranjeros, debía ponerse de acuerdo con el vicecónsul español y con los jefes de los demás buques extranjeros».*

Parecidas instrucciones tenían los restantes comandantes, pero no fueron seguidas al pie de la letra.

El día 4 de diciembre, ante una solicitud de los residentes extranjeros en Paysandú ante los jefes navales, los comandantes piden a Tamandaré que autorice la evacuación de éstos con sus familias, acompañados por algunos heridos graves y enfermos (6).

Mientras tanto los comandantes extranjeros desembarcaron y fueron recibidos por Leandro Gómez (7), aprovechando la oportunidad para iniciar otra tentativa de mediación, ofreciéndole una capitulación honrosa: toda la guarnición, con sus armas y pabellones, saldría con todos los honores de la guerra bajo la garantía de los jefes navales extranjeros, y con la firma del comandante de la flotilla argentina (buques *25 de mayo* y *Guardia Nacional*) coronel José Muratore.

Leandro Gómez clavó en el suelo el pabellón que enarbolaba y llamó a su Estado Mayor en junta de guerra. Después de cambiar impresiones, todos, desenvainando sus espadas y cruzándolas sobre el pabellón nacional, juraron vencer o sepultarse bajo los escombros de Paysandú. Es entonces cuando los comandantes extranjeros estrechan las manos de éstos con gran emoción, comprendiendo que nada ni nadie podría impedir que cumplieran su palabra.

(6) En su gran mayoría españoles e italianos.

(7) Posteriormente nombrado general por el Gobierno.



Felipe Argentó, jefe de la defensa de Paysandú, en 1846.



Coronel Basilio Antonio Pinilla, propulsor de Paysandú en el período 1858-1864.

Mientras tanto, seguía el embarque de las personas evacuadas a las lanchas de las cañoneras y a la propia goleta, hacia una isla argentina situada frente a la ciudad, que desde entonces se llamó isla de la Caridad.

Con voz quebrada por la emoción Leandro Gómez despidió a los que eran conducidos a la *Wad Ras* expresando que *bajo esa gloriosa bandera de la Madre España, habían combatido nuestros padres dando ejemplo de raza.*

Es muy probable que el teniente de navío Luis Martínez de Arce supiera que el padre del coronel Gómez había luchado en la defensa de Montevideo, en febrero de 1807 contra los invasores ingleses.

Al amanecer del día 5, las cañoneras brasileñas se preparan para iniciar otro bombardeo. Se produce aquí una inesperada reacción de los jefes navales extranjeros, que en urgente comunicado informan a Tamandaré de que no permitirán una cruel e injusta carnicería con los heroicos defensores de Paysandú, prácticamente inermes frente al volumen de fuego con que contaba el atacante

General Leandro Gómez, jefe de la épica defensa de Paysandú (1864-1865).



(8); e incluso le insinúan que se opondrán por la fuerza si intenta reanudar el bombardeo. Para ello preparan sus buques para atacar e interponerse entre la flota brasileña y la ciudad.

Se comenta que Martínez de Arce envió una fuerte nota a Tamandaré; y hacemos notar el hecho de que después de la caída de Paysandú, y ya en Montevideo (febrero de 1865) donde los brasileños decidieron repetir su hazaña, bloqueando la capital y amenazando con bombardearla; un periódico de la ciudad argentina de Rosario publicó que el teniente de navío Martínez de Arce sostuvo un duelo con el almirante Tamandaré en la cámara de uno de los buques franceses estacionados frente a Montevideo, donde el primero resultó herido de consideración y el segundo sólo levemente (9).

Pero, ante la situación creada por la reacción de los buques extranjeros y merced a la presión del Gobierno argentino, los cónsules desestimaron a los comandantes ordenándoles no intervenir so pena de entablar consejos de guerra.

De esta forma quedó sellada la suerte de la heroica Paysandú, que el día 5 fue sometida al bombardeo de más de 50 bocas de fuego, algunas de grueso calibre, que virtualmente no dejaron ningún reducto en pie, produciendo gran mortandad entre los sitiados.

El día 8 la Infantería de Marina brasileña intenta un asalto que es rechazado por los uruguayos en una carga a la bayoneta, produciendo, como lo señalan todos los documentos, una desbandada general de los muy vistosamente uniformados infantes imperiales.

Leandro Gómez y su *sublime obcecación*, permitieron que bajo ese formidable e inmenso palio de humo y polvo que se alzaba sobre Paysandú, plagada de incendios y de muerte, en donde ya casi no quedaba nada en pie, se mantuviera aún erguido, como un desafío al enemigo, el pabellón nacional, ese mismo que habían clavado los brazos del bravo general.

Paysandú vivió en los dinteles de la gloria durante 33 días con sus noches, en los que los abnegados defensores rechazaron cien asaltos.

Cae el telón, el 2 de enero de 1865 para ese verdadero montón de ruinas que es Paysandú. Ya casi no quedan municiones ni hombres que se hallen plenamente facultados para la lucha. Se hizo todo lo humanamente posible para salvar la honra del pabellón y del derecho de gentes, vulnerado por la intervención extranjera, apoyando a los sublevados.

Y que mejor que la opinión de Martínez de Arce, referente a los días posteriores a la capitulación con la firma de Leandro Gómez, y la del propio Tamandaré, en la cual se aseguraba la vida de los vencidos, que se harían merecedores del honor militar *los daños causados por los proyectiles brasileños y el saqueo por estos y por los del general Flores constituyen la pérdida completa de cuanto poseían nacionales y extranjeros. Muchas casas han sido incendiadas y la mayor parte de las familias que estaban viviendo en la isla, al ir al*

(8) Fueron utilizados por los brasileños cohetes a la Congreve.

(9) El Cosmopolita, edición de 12 de febrero de 1865.

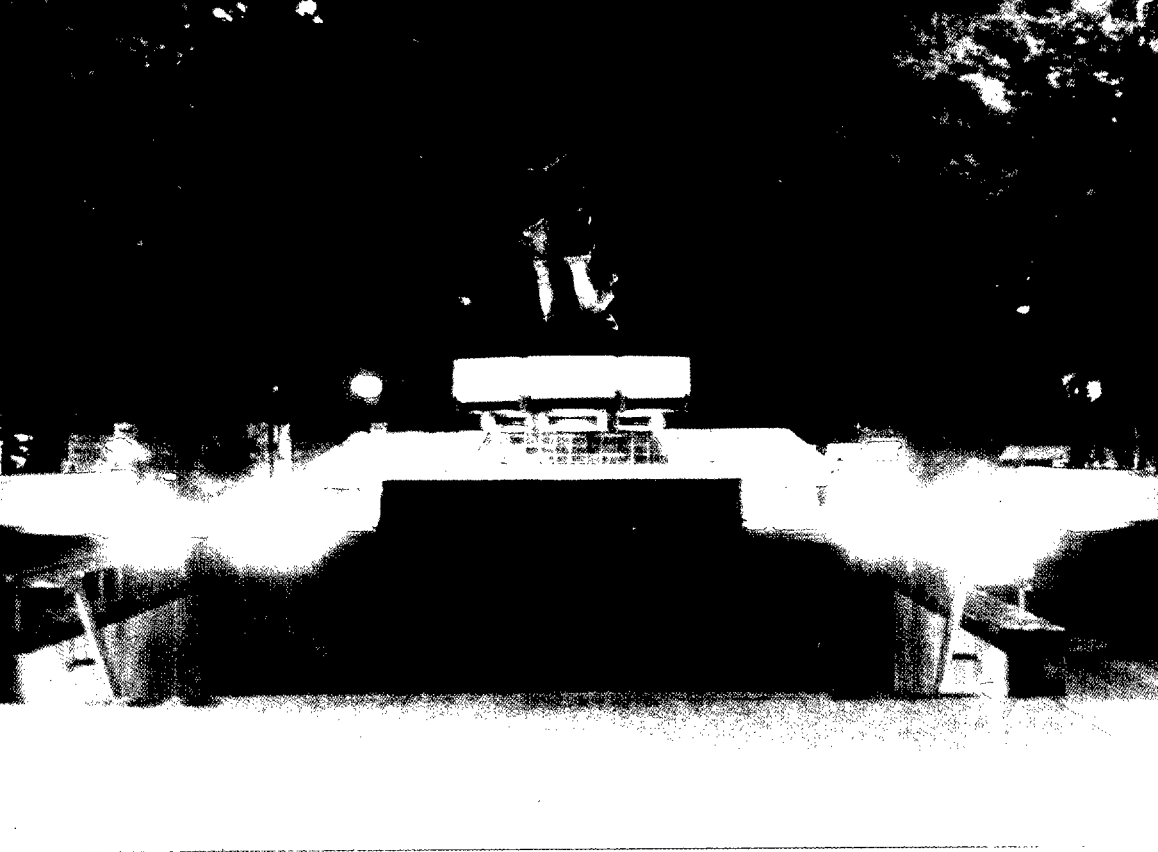
pueblo han tenido que regresar otra vez por haberse encontrado sus casas y efectos que los han incendiado y saqueado. El aspecto del pueblo de Paysandú es un cuadro verdaderamente triste. El día de la toma del pueblo, mandó el Sr. Barón de Tamandaré un oficial a todos los buques extranjeros que nos hallábamos en el puerto (también se había desplazado hacia el teatro de los sucesos la Escuadra Argentina al mando del coronel José Murature, quien realizó nobles gestiones en favor de los vencidos) diciéndonos que, aunque estaba levantado el bloqueo nos suplicaba que no bajásemos al pueblo porque no podía responder de que se nos infriese algún insulto, por lo que pudimos juzgar, que tanto los jefes brasileños como los del general Flores no tenían fuerza ninguna sobre sus soldados. El saqueo y el asesinato duró dos días sin que nadie pudiera impedirlo, considerándose impotente, para reprimirlo el mismo Barón de Tamandaré. El general Gómez (que se había rendido confiando en la palabra empeñada por sus captores) fue cruelmente asesinado, infiriéndole a su cadáver insultos que no comprende ningún hombre civilizado. Habiéndome dicho el Sr. vicecónsul español que el mayor Ramón Estomba se hallaba escondido en la casa de un español y que lo andaban buscando para degollarlo, dispuse que el médico de este buque que estaba en tierra asistiendo a los heridos lo trajese a bordo disfrazado de marinero, lo que tuvo lugar con el mayor éxito, logrando de este modo el quitar una víctima más.

El lector podrá apreciar no sólo de qué indigno modo terminó la agonía y el holocausto de la ciudad *sanducera*, sino como se dilucidaban las contiendas civiles en la América española. No había respeto por los vencidos, a un crimen se sucedía la venganza en una espiral ascendente. La sangre salpicaba a familias enteras. Se lanceaba, desollaba y enterraba vivos a los prisioneros. Tenemos como ejemplos las guerras civiles que sacudieron Argentina durante gran parte del siglo pasado. Era la costumbre heredada del indio, del malón. Así se destruía el rico patrimonio heredado de los antecesores, sumiendo a comunidades enteras en una atroz miseria, para después ir a suplantar limosna al extranjero (10).

Así cayó el gran general Leandro Gómez.

En el momento —producida la firma de la capitulación— en que un piquete de marina brasileño, enviado personalmente por Tamandaré, se aprestaba a conducirlo a la seguridad de los buques imperiales, dice al oficial a cargo: *prefiero ser prisionero de mis conciudadanos, antes que de extranjeros.*

(10) Es claro que pro-hombres como Artigas, Belgrano, San Martín, Bolívar, Sucre, Garzón y tantos otros no fueron culpables ni lograron impedir una cosa tomada como normal por la mayoría de la soldadesca. Y señalamos el notorio caso de la batalla de las Piedras, primera derrota que sufre España en América (18 de mayo de 1811), donde al levantarse bandera blanca en el cuadro hispano, al mando del capitán de fragata D. José Posadas, D. José Artigas da su célebre orden: «¡Clemencia para los vencidos!». Y fue cumplida. Es que, guste o no guste, a los escribas amantes del agnosticismo las revoluciones hipano-americanas fueron una lucha cuasi interna entre hermanos, que a la larga, por mor de los propios errores y abandonos de la Mater Hispania, se definió en la absoluta independencia. Pero no la del alma.



Fotografía tomada al mausoleo del general Gómez, sito en la ciudad de Paysandú, y que fue inaugurado en 1984 (tomada por la señorita Flores).

Estas palabras de este gran americano sellaron su destino. Fue inmediatamente fusilado por los floristas junto a 70 hombres de su mando. A la *Wad Ras* le tocaría conducir a los únicos 20 oficiales supervivientes de la masacre hacia Montevideo, arribando el 10 de enero; allí tomó parte en enojosas situaciones hasta la elección de Tomás Villalba como presidente en febrero, lo que dio lugar a la asunción incruenta del mando por el general Venancio Flores. Nuevamente la *Wad Ras* es la encargada de llevar a los exiliados del Gobierno *blanco* hacia la provincia argentina de Entre Ríos. La actuación de la Real Armada en estas emergencias fue digna de su esplendoroso pasado. Vale la pena incluir la carta que los emigrados elevaron al teniente de navío Luis Martínez de Arce:

Cuando en un momento aciago para la causa política a que pertenecemos, viendo comprometida nuestra seguridad personal, buscando asilo en la goleta de Su Majestad Católica Wad Ras, obedecemos a un impulso de nuestro corazón, prefiriendo el amparo y protección de la bandera española, que fue la bandera de nuestros antepasados. Sabíamos que hallaríamos asilo y la más generosa hospitalidad porque nada menos podíamos esperar del generoso coman-

dante y oficiales de la Armada Española que en otra ocasión, con motivo del bombardeo y toma de Paysandú, mostraronse tan notablemente humanitarios con algunos de nosotros y con las desamparadas familias de los defensores de aquel heroico pueblo. Sin tener en cuenta la capacidad del buque ni la distancia a que debía conducirnos, Vuestra Señoría acogió a más de 300 fugitivos con el corazón abierto, como se cumplen las grandes acciones que la Historia y la Humanidad justamente ensalzan. Cuanto Vuestra Señoría y los señores oficiales han hecho por nosotros quedará eternamente grabado en nuestro corazón y cualquiera que sea la suerte que el cielo nos depare, nos haremos un deber el repetir con la historia de nuestro infortunio los que otros ya conocen: la hidalguía del comandante D. Luis Martínez Arce y oficiales de la «Wad Ras». Al pisar las playas argentinas a pedir amparo contra la tempestad que ha descargado contra la República Oriental, queremos satisfacer un deseo de nuestra alma agradecida manifestando a Vuestra Señoría los sentimientos que dejamos expuestos.

Se cerraba así este capítulo, pero no para la Real Armada; el 13 de marzo echaba el ancla en Montevideo, la *Numancia*, primer buque de guerra con casco enteramente de hierro que navegaba en el Plata, camino del Pacífico. Pero esta ya es otra historia.

En la actualidad, merced a una merecida decisión gubernamental, los restos del general D. Leandro Gómez descansan en el lugar de sus mayores glorias: Paysandú.

*Alguien hirió tu sol, ciudad heroica
Y sembró tus cenizas por el viento
Tus mujeres, tus niños, tu alegría,
Como heridas palomas alzan vuelo.*

*

*Sólo queda el dolor... y el hombre dentro
Y el martillar tenaz del cañoneo
Treinta y tres días de vivir muriendo
Para una perpetuidad de gloria eterna
Es más dulce morir bajo este cielo
Y volver a ser tierra en esta tierra.*

*

*Y ya no dice el río sus poemas
En remansos de nidos y calandrias
Ni siembra ya la tarde sus paisajes
Con la boya del sol sobre las aguas*

BIBLIOGRAFÍA

- BARRIOS PINTOS, Aníbal: *Paysandú en escorzo histórico*. Montevideo, 1979.
DE MARCO, Miguel: *La Armada española en el Plata (1845-1900)*. Rosario, 1981.
MARTÍNEZ MONTERO, Homero: *Armada Nacional, Histórico-Biográfico*. Montevideo, 1977.
THOMAS, Eduardo: *Historia Nacional*. Montevideo, 1955.